

SOBRE LA LLAMADA LEXICOGRAFÍA ÁRABE: 'ILM AL-LUGA

POR
SALVADOR PEÑA

1.—Introducción

CON serias salvedades, a las que iremos aludiendo, al *'ilm al-luga* lo podemos llamar lexicografía. Es una de las disciplinas de las *'ulūm al-lisān* o ciencias del lenguaje y el texto; y, también por abreviar, podemos decir que su objeto son las palabras. Y, desde ahora, debemos subrayar la hipervaloración de que en la cultura árabe islámica (y a fortiori en las *'ulūm al-lisān*) han sido objeto las palabras por sí mismas. Es ocioso entretenerse en un hecho que aún hoy pervive y cuyas manifestaciones abundan en los estados herederos de esa cultura.

Lo que sí cabe reseñar es que esa tensión entre la consideración del léxico como medio o como fin halló pronto reflejo entre los sabios, en la forma usual de torneos de valía entre lingüistas. Ŷalāl al-Dīn al-Suyūfī (m. 911/1505) recoge ¹ la siguiente relación, que pone en boca de al-Aṣma'ī (216/831):

Comparecimos Abū 'Ubayda [(210/825)] y yo ante al-Faḍl b. al-Rabī' [(II/VIII)], quien me preguntó: "¿Cuánto ocupa tu libro sobre los caballos?" Respondí: "Un solo volumen". Luego le pregunté a Abū 'Ubayda por el suyo y

¹ En *Bugyat al-wu'āt fī ṭabaqāt al-lugawīyyin wa-l-nuḥāt*, ed. M. A. F. Ibrāhīm, Bayrūt, 1979 (2.ª impr.); t. II, p. 113.

él contestó que cincuenta. Entonces le dijo: “Vé a donde está aquel caballo y señala cada uno de sus miembros diciendo sus respectivos nombres”. Abū ‘Ubayda respondió: “Yo no soy un veterinario, sino que transmito lo que he oído de los árabes puros”. Entonces el notable me dijo: “Ve tú, al-Aşma‘ī y hazlo”. Y yo me fui hacia el caballo, le tomé el flequillo y todos sus miembros, uno por uno, declarando sus nombres y documentándolos con los versos en que aparecían hasta que llegué a la pezuña.

Con tanta o mucha menos sabiduría que el recalcitrante al-Aşma‘ī, es un hecho que la memorización y el conocimiento del léxico árabe fue para muchos un fin loable. Por citar una manifestación de ello, la célebre anécdota popularizada por al-Ŷāḥiẓ (255/868)², donde se presenta a Wāşil b. ‘Aṭā’ (131/748) eludiendo el ridículo por su defecto de dicción a base de erudición léxica, además de tener consecuencias para la historia del manierismo estilístico en la literatura u oratoria árabes³, es sin duda alguna modelo ejemplar de uno de los ideales culturales árabes islámicos: el conocimiento de todos los nombres de las cosas.

2.—Planteamiento

En fuentes secundarias el *‘ilm al-luga* se ha descrito de maneras diversas. H. Fleisch⁴ se limita a identificarlo con nuestra lexicografía, señalando como sus actividades la recolecta, transmisión, explicación y registro del vocabulario. Esta, que corresponde a la visión tradicional de la lexicografía, ha sido levemente modificada por A. Hadj-Salah⁵, quien presenta una descripción de la disciplina en la que sobre todo se insiste en contraponerla al *‘ilm al-naḥw* o gramática: éste está bajo el dominio del *qiyās* o analogía, es una elaboración inductiva de reglas de predicción; en tanto que el *‘ilm al-luga* no sobrepasa los datos mismos, el *samā’*.

Aparte de que, a nuestro modo de ver, ha faltado siempre reflejar

² En *Al-Bayān wa-l-tabyīn*, ed. ‘A. S. M. Hārūn, Al-Qāhira, s. d.; t. I, pp. 14-22.

³ Cf. F. Abu-Khadra: “Ellipsis in the 2nd., century A. H.”, *Arabica* XXXIII, 76-83.

⁴ En “Note sur al-Astarābādhi”, *Historiographia Linguistica* I (1974), 165-8.

⁵ En “Lugha”, *Encyclopédie de l’Islam. Nouvelle édition*, Leyde-Paris. T. V, pp. 809-12.

la lexicografía árabe como un sector de la lingüística y, al mismo tiempo, una cosmología, en las anteriores o semejantes presentaciones queda desvirtuado el valor de la disciplina desde el momento en que sólo se destaca la labor acopiadora de los *lugawiyyūn*. La traducción de M. Asín Palacios ⁶ (y otros más tarde) de este último término por "lexicólogos" sugiere, aunque el ilustre arabista no lo explique, que la labor de aquéllos incluía algo más.

En la que hemos calificado de visión tradicional no creemos, pues, encontrar errores, sino una omisión de lo que en realidad fue el *'ilm al-luga*. En las páginas siguientes vamos a tratar de demostrar que, de hecho, hay ese 'algo más'. Bien entendido que no pretendemos agotar una caracterización, por demás complicada, de la disciplina. En lugar de ello, se trata de un toque de atención acerca de lo que, creemos, constituye la parte más débil de la historiografía de la lingüística árabe.

3.—Valores de 'luga'

El término *luga* es, por su polisemia, uno de los más incómodos de las *'ulūm al-lisān*. Sirve, como ha quedado manifiesto, para designar una de tales ciencias. Pero también funcionó como sinónimo de *kalām* en *lugat al-'arab* ⁷, es decir, la lengua árabe libre de corrupción que pretendían describir los sabios musulmanes.

Además de ello, el término desarrolló un sentido relacionado con las diferencias dialectales que los lingüistas musulmanes advirtieron y recogieron al describir el *kalām al-'arab*, atribuyéndolas a las tribus árabes puras. Formalmente, este valor del tecnicismo se diferencia de los demás por ser el único en que el término admite plural: *luga/lugāt*, y es, ya de por sí bastante confuso. Resumiendo, diremos que *luga* puede significar simplemente dialecto o habla de una tribu ⁸; muy re-

⁶ En *Abenházam de Córdoba y su historia crítica de las ideas religiosas*, Madrid, 1927-32 (reimpr. 1984); t. I, p. 137.

⁷ Cfr., por ejemplo, Ibn al-Sid al-Baṭalyawṣī: *Kitāb al-Masā'il wa-l-aṣwāb*, Ms. Escorial, n.º 1.518 Derenbourg; p. 32b.

⁸ Cuando, por ejemplo, se habla del dialecto de Ḥiṣṣāz (cfr. Ibn Ḥinnī: *Al-Jaṣā'is*, ed. M. 'A. al-Naṣṣār, al-Qāhira, 1952-6; t. II, p. 10).

lacionado con ello está el valor de *luga* como simple variante, de un hecho léxico o gramatical, registrada y sin que importe su procedencia, sea dialectal o diacrónica⁹ o de otro tipo.

Dentro ya de la disciplina a que da nombre y de la que nos estamos ocupando, el término hay que entenderlo a menudo en oposición a *iṣṭilāḥ*. Tanto si aparecen expresamente opuestos¹⁰ como si no, el último designa el registro especializado (diatécnicamente) del léxico en su conjunto o de una unidad del mismo, y, lógicamente, *luga* sirve entonces para el registro no marcado. Pero interrogar al tecnicismo *luga* no va a solucionar nuestros problemas.

4.—La actividad de los lexicógrafos

Volviendo a quienes se dedicaron al *‘ilm al-luga*, los *lugawiyyūn*, hay múltiples evidencias de que en la misma historiografía medieval se les trata siempre de especialistas, en contraste por lo general con los *nuḥāt* o gramáticos. Más que eso, nos interesa resaltar que, sobre todo en los primeros tiempos de las *‘ulūm al-lisān*, tales especialistas lo fueron también, al mismo tiempo, en actividades filológicas, en el sentido más amplio. Basta consultar p. ej.: la biografía de Muḥammad b. Ḥabīb (254/859-60), a quien al-Suyūṭī¹¹ presenta como experto en *luga*, poesía, noticias (*ajbār*) y genealogía (*ansāb*).

Este repetido hecho nos lleva a afirmar que los lexicógrafos lo que fueron, en buena medida, es “logógrafos”, recurriendo a un término que R. Blachère¹² aplica fundamentalmente a los transmisores de poesía arcaica y noticias de la *Ŷāhiliyya*. Pero es obvio que a los *lugawiyyūn* les correspondió además ocuparse de tareas más estrictamente lingüísticas.

Con todo, sí parece definitivamente sentado que la disciplina de la

⁹ Para esta última, *vid.* Ŷalāl al-Dīn al-Suyūṭī: *Al-Muzhir fī ‘ulūm al-luga wa-anwā’ihā*, ed. M. A. Ŷār al-Mawlā, ‘A. M. al-Baḡāwī y M. A. F. Ibrāhīm, Al-Qāhira, s. d.; t. I, pp. 214 ss.

¹⁰ Como, por ejemplo, ocurre en Badr al-Dīn al-Zarkaṣī: *Al-Burhān fī ‘ulūm al-Qur’an*, ed. M. A. F. Ibrāhīm, Bayrūt, 1980 (3.ª ed.); t. I, p. 263.

¹¹ *Buḡya...*; I, 73.

¹² Por ejemplo, en “Les savants irakiens et leurs informateurs bédouins aux II^e-IV^e siècles de l’hégire”, en *Mélanges offerts à William Marçais*, Paris, 1950, pp. 37-38.

luga se generó como simple actividad recopiladora de datos, no del todo diferenciada de otras labores semejantes. A ello apunta A. al-Ṭrābulsī¹³ al afirmar que la lexicografía árabe comienza desde finales del siglo I/principios del VIII, como “recopilación de unidades léxicas”, contemporánea de la recopilación del Ḥadīṭ y de la poesía antigua.

Y es aquí, en esta lexicografía primitiva o “logografía”, donde alcanza validez la asociación de la disciplina con el *samā'*. La *luga*, en tanto que simple *ḡam'* es dominio de la memoria, del saber acumulativo o la erudición, de la *riwāya* en suma; mientras que el *naḥw*, con el arma del *qiyās* siempre a mano, es labor de *dirāya*.

De ahí que surjan diferencias acusadas en el método de ambas disciplinas. Así, por ejemplo que la definición lexicográfica no tuviera que someterse nunca a los requisitos lógicos del *taḥdīd*. o también el hecho de que los sabios tardíos (posteriores al siglo IV/X) se hallen en mucha mayor libertad de acción en los sectores gramaticales que en los lexicográficos. Las afirmaciones principales de un vocabulario han de ir siempre garantizadas por documentos, en tanto que en *naḥw* se parte de documentos para elaborar interpretaciones, que pueden variar de un sabio a otro. El *naḥw*, dicho del modo más simple, es una disciplina de lo pensado, y el *'ilm al-luga*, de lo visto —u oído, mejor.

Sólo que, insistimos, esto no vale nada más que para algunos de los aspectos de la lexicografía. Un simple vistazo a cualquiera de las muchas obras de las *'ulūm al-lisān* que catalogaríamos de libros de *luga*, digamos el *Iṣlāḥ al-mantiq* de Ibn al-Sikkīt (244/858)¹⁴, basta para comprobar que éste u otros *lugawiyyūn* no se están limitando a acumular datos garantizados.

Hay, pues, que reconocer al menos dos estadios (no necesariamente sucesivos en su aparición histórica) del *'ilm al-luga*. Uno primero sería el de una disciplina concebida y practicada como *ḡam'* por filólogos o “logógrafos”; y uno segundo, a su vez, con dos principales objetivos: a) el conocimiento de la realidad, que es a lo que equivale examinar la organización del plano del *ma'nà* o contenido, y b) el estudio y resolución de los problemas que entrañan las relaciones entre éste y

¹³ En *Nazra ta'rījīyya fi ḥarakat al-ta'līf 'ind al-'arab fi l-luga wa-l-adab* (5.ª edición), Al-Dār al-Bayḍā', 1986; p. 12.

¹⁴ Ed. A. M. Šakir y 'A. S. M. Hārūn, Al-Qāhira, 1970 (3.ª impr.).

el otro plano del lenguaje, el *lafz* o expresión, con lo cual estamos ya ante una verdadera reflexión lingüística. Este último objetivo de la lexicografía se llevó a cabo a través de la ordenación macroestructural de los diccionarios. De ello pasamos a ocuparnos enseguida.

5.—*Géneros lexicográficos*

Antes, recordemos brevemente que el *'ilm al-luga*, en su larga historia, ha desarrollado toda una serie de diversos géneros, aparte los diccionarios propiamente dichos, esto es, los vocabularios semasiológicos generales¹⁵. Hay, como se sabe, también vocabularios generales onomasiológicos. Es evidente que estos dos tipos se organizan, respectivamente, con base en el *lafz* y en el *ma'nà*.

Luego hay múltiples y muy distintos vocabularios particulares, asimismo clasificables atendiendo a si parten del *ma'nà* o del *lafz*. Entre los primeros están los *Kutub al-Jayl*, o libros de caballos, de los que ya hemos visto algún detalle, y otras obras semejantes. Entre los segundos, por ejemplo los *Kutub al-aḏḏād*, vocabularios cuyas unidades se caracterizan por significar una cosa y su contraria, como el de al-Aṣma'ī (212/831)¹⁶; o los *Kutub al-Muṭallatāt*, vocabularios de tríos de palabras que sólo se diferencian entre sí en una vocal (p. ej.: *raḡal-raḡil-raḡul*) como el de Ibn al-Sīd al-Baṭalyawṣī (521/1127)¹⁷.

De cualquier modo, y es aquí a donde queríamos llegar, todas estas obras son clasificables por contenido o expresión sólo si nos contentamos con la consideración del método expositivo que sigue el *lugawī*. Nuestra hipótesis es que casi todos los libros de *luga*, mucho más los que se presentan como misceláneas del estilo del *Adab al-kātib* de Ibn Qutayba (276/889)¹⁸, constituyen en sí mismos una reflexión completa, si bien implícita, acerca de las relaciones entre los dos planos del lenguaje.

Eso, y al mismo tiempo, desde luego, enciclopedias o tratados par-

¹⁵ Para los géneros de la lexicografía árabe, *vid.*, p. ej.: al-Ṭrābulṣī: *Nazra ta'rījīyya...*;

pp. 11 ss.

¹⁶ *Vid. Talāt kutub fi l-aḏḏād*, ed. A. Haffner. Bayrūt, 1913.

¹⁷ *Al-Muṭallat*, ed. Ş. M. 'A. al-Farṭūsi, Bagdād, 1981.

¹⁸ Ed. M. Grünert, Leiden, 1900.

ticulares de las más diversas ciencias o saberes. En la metodología lingüística actual es casi un lugar común distinguir claramente entre diccionarios y enciclopedias: los primeros se ocupan sólo de las palabras y las segundas, de las palabras y las cosas; la base teórica de la distinción, como dice J. Haiman¹⁹, es considerar que conocimiento lingüístico y conocimiento del mundo no son lo mismo. Como en las *'ulūm al-lisān* esos dos saberes se identifican plenamente, es lógico que no haya habido nunca posibilidad de distinguir entre diccionarios y enciclopedias.

Que el *'ilm al-luga* consitituye un continuo de saberes, sin interrupción, desde el lenguaje a la realidad, puede comprobarse examinando las características 'monografías por campos' susodichas, el estilo de —por poner dos casos alejados entre sí— el Libro de las Palmeras²⁰ de Abū Ḥātim al-Siyistānī (255/869) o la contribución al género de Caballos del granadino Abū Muḥammad bn. Ūzayy al-Kalbī (VIII/XIV), donde encontraremos léxico y mucho más sobre ambos temas.

El hecho, el enciclopedismo del *'ilm al-luga*, ha sido observado de refilón en fuentes secundarias, pero no expresamente valorado, por 'A. 'A. al-Wadgīrī, que habla de *Al-Bārī fī l-luga* de Abū 'Alī al-Qālī (356/966) como "libro enciclopédico"²¹; y mal interpretado por A. M. 'Umar, quien critica negativamente diccionarios como el *Šams al-'ulūm* de Našwān al-Ḥimyārī (573/1178) y *Al-Qāmūs al-muḥīṭ* de al-Fīrūzābādī (816/1414), a causa de que, según él, entran en un terreno, las ciencias, ajeno a la lexicografía²². Con ello, el investigador egipcio está claramente transfiriendo a las *'ulūm al-lisān* unas ideas que, por más que puedan parecernos válidas, nada tienen que ver con los fundamentos de aquéllas.

6.—¿Entender o aprovechar?

Esto nos lleva a una curiosa paradoja en la historiografía de la lingüística árabe. Y es que lo que modernamente se llama *'ilm al-*

¹⁹ En "Dictionaries and encyclopedias". *Lingua* 50 (1980), 320-57.

²⁰ *Kitā al-Najl*, ed. I. al-Sāmarrā'i, al-Riyāḍ-Bayrūt, 1985.

²¹ En *Al-Mu'jam al-'arabī bi-l-Andalus*. Al-Ribāt, 1984; p. 10.

²² En *Al-Baḥṭ al-lugawī 'ind al-'arab ma'a dirāsa l-qadīyyat al-ta'wīr wa-l-ta'attūr* (4.ª ed.). Al-Qāhira, 1982; p. 266.

ma'āyīm, es decir, la parte del *'ilm al-luga* dedicada a la elaboración de diccionarios, ha sido uno de los sectores más estudiados de las *'ulūm al-lisān*, pero también uno de los peor entendidos.

A pesar de ello, el *'ilm al-luga* en general tuvo unos buenos comienzos en la historiografía moderna. L. Kopf, por ejemplo al tratar las determinaciones de orden religioso en el método de la lexicografía, y también en otros puntos ²³, se acerca a la disciplina con la intención de entenderla en sus propias peculiaridades. Su análisis de la misma es más profundo de lo que luego ha sido usual y, sobre todo, ha estado menos condicionado por nuestros intereses actuales.

Pero esos primeros pasos no han encontrado, que sepamos, continuación. No queremos decir que los abundantes estudios sobre *'ilm al-luga* que han aparecido en los últimos treinta años carezcan de valor. Por el contrario, contamos con muy buenas visiones históricas de la disciplina, clasificaciones minuciosas de sus géneros, descripciones definitivas de obras concretas y de los procedimientos seguidos por sus autores etc.

El problema estriba en que, como se ha apuntado, casi todos los investigadores actuales se acercan a la lexicografía árabe no para entender lo que fue, sino para averiguar en qué modo y medida puede aprovecharnos ahora, en el siglo veinte. Esta actitud ha sido durante un tiempo común a todos los sectores de las *'ulūm al-lisān*. No obstante, la gramática, la retórica y la teoría literaria han conseguido, más o menos recientemente, que se las estudie como objetos terminales y no sólo como medios instrumentales al servicio de los trabajos lingüísticos que ahora se están realizando. Y creemos que ya es hora de que, al menos en la historia de la lingüística, deje de verse a los diccionarios árabes medievales como meras fuentes para los diccionarios que queremos que se elaboren o para nuestras consultas directas en ellos.

Uno de los problemas más claros y simples —tal vez no entre los más graves— que enfrenta la actual lexicografía del árabe es el de la ordenación de las entradas en el diccionario. Esto viene marcando, durante décadas, el estudio del *'ilm al-luga*. Y ahí justamente se origina, a nuestro entender, el insatisfactorio estado de nuestros conocimientos al respecto. En efecto, las fuentes secundarias, con notable

²³ En su clásico trabajo "Religious influences on medieval Arabic philology", *Studia Islamica*, V (1956), 33-59.

pertinacia, apenas han intentado acercarse al *'ilm al-luga* desde los intereses de sus cultivadores, sustituidos constantemente por la macroestructura del diccionario como casi único punto de mira.

Por citar sólo a los dos investigadores a que antes nos referíamos, precisamente entre los mejores conocedores del *'ilm al-luga*, esta deficiencia puede hallarse en los estudios de A. M. 'Umar²⁴, quien centra su visión general de la disciplina en el modo se ordenan los diccionarios; y la misma preocupación por la macroestructura la muestra 'A. 'A. al-Wadgīrī en su monografía sobre el *'ilm al-luga an al-Andalus*²⁵. Y, en general, toda la historiografía contemporánea suele contentarse con la descripción de los procedimientos al respecto, de los sabios musulmanes en sus diccionarios, y, lo que es más, siempre desde el punto de vista de la mayor o menor facilidad que tales obras ofrecen para su consulta ocasional.

De ahí también, en consecuencia, que en fuentes secundarias pueda detectarse con frecuencia cierto tono descalificador o conclusiones abiertamente disvalorativas de la actividad de los *lugawiyyūn*. Cuando a éstos lo que nunca les podemos pedir es que trabajasen pensando en lo que podía ser útil varios siglos más tarde, en lugar de pretender satisfacer sus propias necesidades y de acuerdo con su concepción del saber, del lenguaje y de las ciencias de la palabra.

7.—Investigación de macroestructuras

De lo anterior deriva la que juzgamos desacertada presentación de la historia de la lexicografía árabe como una evolución de la macroestructura de los diccionarios, que es común a la mayoría de las fuentes secundarias que conocemos.

Así, J. A. Haywood²⁶ concibe el conjunto de la actividad de los *lugawiyyūn* como un progreso en la disposición de las entradas en los grandes diccionarios, que iría desde lo que él llama orden "anagramático" del *Kitāb al-'Ayn*²⁷ de Jalīl (175/791?) al orden de rima puesto en

²⁴ *Al-Baḥṭ al-lugawī...*; p. 157.

²⁵ *Al-Mu'jam al-'arabī...*

²⁶ En *Arabic Lexicography: Its history, and its place in the general history of lexicography* (2.^a ed.). Leiden, 1964.

²⁷ Ed. M. al-Majzūmī e I. al-Sāmarrā'i, Bagdād, 1980 ss.

práctica por al-Ŷawharī (398/1007) en *Al-Şahāh*, y de ahí a una ordenación semejante a la actual, la alfabética, que él atribuye a Ibn Fāris (395/1004). La primera enseñanza que de ello habría que sacar es que los más antiguos diccionarios árabes constituyen una serie de fracasos que van poco a poco subsanándose; lo cual vamos a tratar de demostrar que es incierto o, como mínimo, que es posible contemplar la historia del *'ilm al-luġa* de otro modo.

Las ideas de J. A. Haywood han sido, con leves diferencias, mantenidas por otros investigadores. M. M. Riḍwān, en su monografía sobre Ibn Fāris precisamente ²⁸, sostiene que el siglo IV/X supuso un cambio sustancial en la lexicografía. Según él, como la materia léxica del árabe puro estaba ya recogida y ya no había modo de ampliar el corpus ²⁹, los sabios de esa época y sus sucesores no tuvieron más posibilidad de acción que encontrar 'unas nuevas bases sobre las que construir sus diccionarios, en lugar del afán por recopilar al que casi se había limitado la mayoría de sus antecesores' ³⁰.

En la misma línea, A. M. 'Umar se representa la historia de los diccionarios como una trabajosa evolución en busca del ordenamiento presuntamente más adecuado, hasta el *Asās al-balāġa* de al-Zamajšarī (538/1144), que, para él, es la culminación del proceso ³¹. 'A. 'A. al-Wadġirī cree, igualmente, que la labor de la-Ŷawharī consistió en echar por tierra el complicado método de Jalīl.

Y, en general, ésta parece ser la única manera que la historiografía moderna concibe para estudiar el *'ilm al-luġa*. Son muchos los investigadores ³² que clasifican los diccionarios árabes por su mayor o menor racionalidad en tanto que obras de consulta. Y, naturalmente, el de Jalīl se lleva siempre las peores críticas.

²⁸ *Al-'Allāma al-luġawī Ibn Fāris al-Rāzī*, Al-Qāhira, 1971.

²⁹ Cfr. S. Peña: "El corpus de los lingüistas musulmanes y la noción de autoridad", *MEA* XXXVII/1 (1988), en prensa.

³⁰ *Op. cit.*; p. 79.

³¹ *Al-Baḥḥ al-luġawī...*; pp. 150-266.

³² Por ejemplo don Darío Cabanelas Rodríguez: *Ibn Sida de Murcia. El mayor lexicógrafo de al-Andalus*, Granada, 1966; A. H. Muṭlaq: *Al-Ḥaraka al-luġawīyya fī l-Andalus min al-fath al-'arabīyya ḥattā nihāyat 'aṣr mulūk al-Ṭawā'if*; Sayda-Bayrūt, 1967; A. Ṭrābulṣī: *Nazra ta'rījīyya...*

8.—*El diccionario y la teoría lingüística*

Paralelamente, también en el plano del *ma'nà*, esto es, entre los diccionarios o vocabularios onomasiológicos, se ha tendido a presentar la historia de una evolución culminada en *Al-Mujaşşas* de Ibn Sīdah al-Mursī (458/1066). El mismo sabio³³ le da a su libro una justificación práctica, al afirmar que, puestas todas las palabras relativas a un mismo tema juntas en una obra que reúna la mayoría de temas posibles, el poeta o el orador podrán fácilmente buscar la que más le convenga al texto que están elaborando, por razones de rima u otras semejantes. Sin querer negar validez a las palabras del propio Ibn Sīdah, hay que ver en ellas una justificación que no tiene por qué coincidir plenamente con la razón objetiva de la composición del libro.

Además, sobre todo, uno puede siempre extraer diversos provechos de una misma cosa. La distribución de las unidades léxicas en campos de significado por Ibn Sīdah tiene para nosotros una doble justificación teórica, concurrente acaso con la práctica. Por una parte, se trata de presentar una cosmología ordenada no precisamente para facilitar la consulta de una palabra, sino, sobre todo, para dar una visión armónica del mundo; por otra, representa un intento más por resolver la problemática relación entre los dos planos *lafz* y *ma'nà*.

Tengamos o no razón, lo que no podemos aceptar es que, según afirma J. A. Haywood³⁴, *Al-Mujaşşas* sea el apogeo de la labor de los autores anteriores que, paso a paso, fueron completando parcelas del significado. En todo caso, a Ibn Sīdah, si es que nos empeñamos en ver su libro como una contribución a la lingüística del *bon usage*, el único mérito que habría que atribuirle sería el de haber resumido y yuxtapuesto los vocabularios especializados que se habían ido acumulando en la tradición de las *'ulūm al-lisān*.

Las razones que el mismo investigador da para la proliferación de éstos tampoco resultan muy convincentes. Según él³⁵, los lectores preferían obras pequeñas porque los libros eran muy caros, porque los copistas estaban más expuestos a cometer errores y porque era co-

³³ *Op. cit.*; t. I, p. 10.

³⁴ En *Arabic Lexicography...*; p. 4.

³⁵ *Vid., op. cit.*; p. 43.

riente que los libros se aprendieran de memoria, hecho indudable y sobre el que queremos llamar la atención para lo que sigue.

Para nosotros, más bien, el sentido de los “libros de los caballos” o las plantas o la anatomía del cuerpo humano³⁶, etc., responde a una necesidad teórica, la de hallar un medio de estructurar y establecer clases y órdenes fijos y racionales en un campo que se resistía mucho más que la morfología o la sintaxis a la sistematización.

Si esto es así, *Al-Mujaşşas* no es un diccionario de dudas que le ahorre a quien lo tenga a mano consultar un sinfín de opúsculos, o no es simplemente eso; sino una enciclopedia de todos los saberes “árabes” estructurada desde la perspectiva del *ma'nà* o contenido; del mismo modo que *Al-Muḥkam*, al que complementa, es una cosmología estructurada sobre el *lafz* o expresión. Juntos, ambos diccionarios encierran, primero, todo el saber referencial contenido en el universo, y, segundo, constituyen la ejecución de una propuesta cuya autoría no corresponde a Ibn Sīdah, sino a los sabios musulmanes de la palabra, sobre cómo se ordenan internamente ambos planos y cómo se articulan uno con el otro.

Subsidiariamente, claro, pueden cumplir una función práctica dentro de la finalidad didáctica y normativa de las *'ulūm al-lisān*³⁷; pero, a nuestro entender siempre, reiteran coherentemente una concepción del lenguaje que halló manifestaciones variadas en las *'ulūm al-lisān*. Por ejemplo, en los mismos vocabularios parciales, por campos de significado, que, aunque parciales en su presentación, remiten obviamente a una misma concepción del léxico árabe. Pues, si un sabio sólo escribió un libro sobre meteoros, es lógico pensar que consideraba igualmente estructurables de esa manera los demás campos de la realidad y de su espejo, el lenguaje.

Entre otras manifestaciones bibliográficas de lo mismo se hallaría, en primer lugar, el denostado *Kitāb al-'Ayn*, implícitamente aplicación de una teoría sistemática sobre el lenguaje, que no es difícil descubrir una vez que se deja de pensar en él como obra de consulta. Y, en el terreno de las ideas, por ejemplo, las explicaciones propuestas para bo-

³⁶ Y no la “moralidad del hombre” según ha interpretado alguien *jalq al-insān*.

³⁷ El *far'* de las mismas según Ibn Fāris (395/1004). Cfr. A. Roman: “L'origine et l'organisation de la langue arabe d'après le *Şāḥibī* d'Ibn Fāris”, *Arabica* XXXV (1988), 1-17.

rrar la impresión de irracionalidad que el léxico del árabe podía dejar ³⁸, o la del famoso *al-ištiqāq al-kabīr* de Ibn Ŷinnī (392/1002), etc.; en suma, todas las elaboraciones desarrolladas por los lingüistas musulmanes en torno a lo que para ellos era el principal problema teórico que había que resolver, el de la relación entre *lafz* y *ma'ná*.

9.—Crítica de la historiografía

Que las cosas sean como proponemos explicaría un hecho de que el mismo J. A. Haywood ³⁹ se ha extrañado, también a propósito de *Al-Muḥkam* de Ibn Sīdah: que en el mismo utilice el lingüista andalusí el mismo procedimiento macroestructural que Jalīl en su *Kitāb al-'Ayn*. Si la historia del *'ilm al-luga* no es la de una evolución hacia la ordenación más cómoda para el consultante, no hay un paso atrás de Ibn Sīdah por ignorancia de los hallazgos de Ibn Fāris y al-Ŷawharī. He aquí al menos un motivo para dudar de que la visión tradicional, en fuentes secundarias, de la lexicografía árabe no es plenamente satisfactoria. Esas dudas, hasta donde sabemos, sólo se las ha planteado K. Versteegh ⁴⁰, aunque nada más se limita a observar que, en contra de lo que normalmente se cree ⁴¹, el llamado orden de rima no está claramente explicado en sus motivaciones y bien pudiera no tener nada que ver con la poesía.

Recientemente, H. Gätje ⁴² ha llegado a la conclusión de que el *'ilm al-luga* no puede servir de base a trabajos lexicográficos actuales. Su interés se centraba precisamente en responder a esa posibilidad. La

³⁸ Sobre los intentos teóricos para negar tal impresión, que han sido uno de los principales factores en el desarrollo de la teoría del significado y la lexicología árabes medievales, ha dicho algo K. Versteegh en "A dissenting grammarian: Quṭrub on declension", *Historiographia Linguistica* VIII (1981), 403-29.

³⁹ Vid. "Ibn Sīdah (d. 459-1066): the greatest andalusian lexicographer", en *Actas del Primer Congreso de Estudios Árabes e Islámicos*, Córdoba, 1962, Madrid, 1964, pp. 309-16; y *Arabic Lexicography...*, p. 65.

⁴⁰ En "History of Eastern linguistics in the Soviet Union". *Historiographia Linguistica* X (1983), 289-307.

⁴¹ Cfr., por ejemplo Trabulsi A.: *La critique poétique des Arabes: Jusq'au Ve siècle de l'Hégire (XI^e siècle d. J. C.)*, Damas, 1955; p. 184.

⁴² En "Arabische Lexicographie: ein historischer Überblick", *Historiographia Linguistica* XII (1985), 105-47.

misma intención utilitaria ha presidido la historiografía de la lingüística árabe, cuando en ella lo primordial habría de ser —o así lo creemos— descubrir los objetivos que los sabios musulmanes se trazaron a sí mismos. La única labor crítica posible, en ese caso, habría de consistir en comprobar si los resultados corresponden a los planteamientos y si éstos son coherentes entre sí. Pero el hecho es que la historiografía actual se ha visto en exceso determinada por nuestras necesidades.

A ello se debe el que J. A. Haywood ⁴³ descalifique el método de Jalil ⁴⁴ en la ordenación del *Kitāb al-ʿAyn* tildándolo de “confused arrangement”. Luego la acusación se ha repetido ⁴⁵, siempre desde el punto de vista del usuario actual de diccionarios. Y se ha mantenido para *Al-Muḥkam*, donde Ibn Sidah aplica la misma macroestructura. Así, D. Cabanelas Rodríguez ⁴⁶ considera principal defecto del mismo “su embarazosa disposición”; y A. Ḥ. Muṭlaq ⁴⁷ se queja de la dificultad que representa buscar en él una palabra.

Otros investigadores no se han contentado, sin embargo, con descalificar sin más un método bastante intrigante y elaborado y, en lugar de ello, han tratado de encontrar las razones que pudo tener Jalil para ponerlo en práctica. R. Blachère ⁴⁸ apunta motivos religiosos: el ‘imam’ de Basora habría intentado establecer la lista completa de los nombres que Dios le enseñó al hombre, y otros casi lingüísticos: los nombres de la lengua sobrepasan en número a los del Qur’ān; y califica el misterioso procedimiento de aritmético.

Š. Dayf ⁴⁹, por su parte, encuentra también la justificación del mismo en la formación matemática de Jalil, y ya formula ⁵⁰, sin extraer

⁴³ En *Arabic Lexicography...*; pp. 38 ss.

⁴⁴ Que, a grandes rasgos consiste en la mención de todas las unidades léxicas pertenecientes a una misma raíz, comenzando por las raíces que contienen una ‘ayn y pasando revista, sucesivamente, a todas las demás “letras”, en orden progresivo desde las de articulación posterior a las de anterior, y luego, en cada grupo de los obtenidos, realizando todas las permutaciones posibles de las tres radicales. Al respecto, puede consultarse D. Cabanelas Rodríguez: *Ibn Sida...*; pp. 78-83; y A. M. ‘Umar: *Al-Baḥṭ al-lugawī...*; pp. 160 y 170-3.

⁴⁵ *Cfr.*, por ejemplo, A. al-Ṭrābulṣī: *Nazra ta’rijīyya.*; p. 34 y pas.

⁴⁶ En *Ibn Sida...*; p. 98.

⁴⁷ En *Al-Ḥaraka al-lugawīyya...*; p. 381.

⁴⁸ En *Le Coran*, Paris, 1966 (reimpr. 1977); p. 69.

⁴⁹ En *Al-Madāris al-naḥwīyya*, Al-Qāhira, 1968 (reimpr. 1976); pp. 31-2.

⁵⁰ *Vid.*, *op. cit.*; p. 54.

conclusiones, una razón de orden puramente lingüístico: en el *Kitāb al-'Ayn* de lo que se trata es de “las palabras no utilizadas”. Con esto se refiere al problema de las casillas morfológicas que quedan vacías de palabras efectivas en contraste con las potencialidades del sistema; cuestión esta muy propia de los expertos en *taṣrīf*, que remite a consideraciones teóricas sobre el funcionamiento de la lengua.

A. Ṭrābulṣī⁵¹, por último, comienza subrayando que el diccionario toma como primera base de ordenación los puntos de articulación de las “letras”, lo cual es motivo bastante para pensar que los intereses de Jalīl exceden de quien sólo quiere presentar un libro manejable; al sistema de permutaciones (*taqlībāt*), además, lo identifica con *al-ištiqāq al-kabīr*, la teoría de Ibn Ŷinnī sobre la absoluta racionalidad del léxico árabe, y añade que todo el procedimiento se explica por la formación musical del autor.

10.—¿Obras de consulta?

Nuestra tesis viene a ser un desarrollo de estas últimas explicaciones. El diccionario de Jalīl es, en nuestra opinión, principalmente una reflexión en el más profundo nivel teórico acerca de la naturaleza y el funcionamiento del lenguaje, llevada a la práctica, por cierto, con un sorprendente grado de ingeniosidad y en total coherencia con los presupuestos de que parten los sabios musulmanes del lenguaje.

El primer punto a partir del cual se puede plantear la polémica entre esto que mantenemos y la visión tradicional de la lexicografía árabe consiste en determinar si los diccionarios de Jalīl y sus sucesores, o al menos parte de los mismos, son realmente obras de consulta o no.

Nuestros argumentos los basamos en la convicción de que el *Kitāb al-'Ayn*, *Al-Muḥkam*, *Al-Muṭallāṭ* y otros muchos libros semejantes los concibieron sus autores con la intención de que fueran leídos de corrido o memorizados, pues, de otro modo, sus mayores enseñanzas no pueden ser captadas. Quizá ahí radique las que juzgamos deficiencias por parte de la historiografía moderna para entender satisfactoriamente lo que pretendían los *lugawiyyūn*.

⁵¹ En *Nazra ta'rijyya...*; pp. 22-9.

Si los libros que éstos dejaron sólo se consultan, y no se leen, es fácil que sólo se los pueda ver como solucionarios de dudas concretas, lo sean efectivamente o no. Manteniendo ésto, nos apartamos de lo que suele creerse en la actualidad. El hace nada citado A. al-Ṭrābulṣī⁵² comienza su exposición sobre la literatura de *luga* afirmando taxativamente que los diccionarios son obras de referencia o consulta (*marā-yî*), y no libros de lectura.

Aparte las consideraciones relativas a la teoría de *lafz/ma'nà*, etc., pensamos que si Jalīl, de cuya capacidad mental da prueba su mismo libro, hubiese querido hacer un diccionario como los que usamos actualmente, lo habría planeado y realizado de modo que sirviera para ello. No se nos ocurre nada que se lo impidiera.

J. A. Haywood⁵³, por otro lado, no toma en cuenta a lo largo de su estudio algo que él mismo observa, que en el mundo islámico medieval “it was long the habit to learn all lexicographical works by heart”. Y otro tanto hay que decir de M. M. Riḍwān⁵⁴, para quien pasan desapercibidas las palabras, que el mismo investigador cita, con que Ibn Fāris remata su diccionario:

Y con esto acaba *Muḡmal al-luga*, apréndetelo, pues.

A lo mismo apunta el hecho de que en el *Kitāb al-'Ayn*, cuando una palabra se cita y se explica en uno de los primeros capítulos, ya no aparezca en los sucesivos. Y, asimismo, que frecuentemente los autores de diccionarios se ahorren la definición de una palabra cuando, avanzado el libro, ha sido ya objeto de atención⁵⁵. Un último indicio, ya apuntado, podemos añadir, documentándolo en un caso concreto andalusí, que no fue el único: sabemos que Abū Marwān b. Sirāy (489/1096) estudió la *Ŷamhara* de Ibn Durayd (323/934) hasta aprendérsela de memoria.

⁵² En *Nazra ta'rījīyya...*; p. 9.

⁵³ En *Arabic Lexicography...*; p. 4.

⁵⁴ En *Al-'Allama al-lugawī...*; p. 85.

⁵⁵ *Cfr.*, por ejemplo Ibn al-Sid al-Baḡalyawī: *Al-Muṭallat*, t. II, p. 140, donde el sabio, al llegar a una determinada palabra, se limita a decir: “ya la hemos explicado más arriba”.

11.—*El orden de los libros*

El segundo punto de nuestra polémica tiene que ver con la disvalorcación que, en fuentes secundarias, se hace de la macroestructura de cualquier texto árabe islámico. Cuando, a nuestro modo de ver, una simple analogía con la cultura medieval europea tendría que hacer ver en la ordenación sucesiva de los elementos de un libro algo más que una simple convención o un procedimiento de finalidad práctica.

Es cierto que, por ejemplo Ibn Hišām al-Anšarī (761/1360) declara, en una de sus más celebradas obras⁵⁶, que ha dispuesto los materiales por orden alfabético para facilitar su consulta. Pero éste no fue, sin duda, el caso de todos los libros de las *'ulūm al-lisān. Š. Dayf*⁵⁷ ya afirmaba que el *Kitāb* de Sībawayhi (177/793) responde a un plan preciso, en el que nosotros vemos incluida también la disposición sucesiva de los elementos, no por razones didácticas, sino en atención a una lógica interna en la disciplina y en el objeto, descubierta por los gramáticos y que no sabríamos precisar mejor⁵⁸.

Afortunadamente, no faltan otras manifestaciones, muy claras de lo que decidimos. Así, Ibn al-Sīd al-Baṭalyawsī, en la introducción a su comentario de parte de la obra poética de Abū l-'Alā al-Ma'arrī (449/1057), a medias para justificar el haber añadido a *Siqṭ al-zand* varios poemas de las *Luzūmiyyāt*, y a medias para que no pase desapercibida la estructura cerrada que ha querido conferirle a su libro, dice lo siguiente⁵⁹:

Me ha parecido que ordenarla por las letras del alfabeto hacía más hermosa la composición. Por eso me he visto obligado a añadir lo que me pudiera ayudar a cumplir ese objetivo.

El procedimiento de ordenar alfabéticamente los poemas de un diván fue ideado en Oriente; y, según A. Trabulsi⁶⁰, el primero que lo

⁵⁶ *Mugnī l-labīb 'an kutub al-a'arīb*, ed. M. al-Mubārak, M. 'A. Ḥamd Allāh y S. al-Afgāni, Dimašq, 1964 (reimpr. Bayrūt, 1979); p. 17.

⁵⁷ En *Al-Madāris...*; p. 61.

⁵⁸ La cuestión, desde luego, merecería un estudio que, hasta donde sabemos, no se ha realizado.

⁵⁹ *Šurūḥ Siqṭ al-zand*, ed. M. al-Saqqā, 'A. S. M. Hārūn, 'A. R. Maḥmūd, I. al-Ibyārī, Ḥ. 'Abd al-Ma'īd y Ṭ. Ḥusayn, Al-Qāhira, 1945, t. I, p. 15.

⁶⁰ En *La critique poétique...*; p. 244.

llevó a cabo fue Abū Bakr al-Şūlī (335/946) al reunir los divanes de Abū Tammām (231/845), al-Buḥturī (284/897) y otros “modernos”. En lo que no podemos estar de acuerdo con este investigador es en que el procedimiento tuviera la finalidad de facilitarle al lector la búsqueda de un poema, aunque de hecho a nosotros ahora nos sirva para eso. El pasaje anterior de Ibn al-Sid demuestra lo contrario, así como el hecho de que haga lo posible por rellenar todas las casillas que el alfabeto le proporciona, aun a costa de tener que añadir materiales ajenos a lo que en principio era el objetivo del libro, en este caso, los poemas de *Siq̄ al-zand*.

De modo que, para éste y, sin duda, otros muchos sabios, el orden, la estructura del libro es tan importante como para imponer variaciones en el objeto. Y no es éste el único indicio que Ibn al-Sid nos proporciona. En su *Kitāb al-Tanbīh*⁶¹, la única de sus obras en que era libre de disponer los elementos como quisiera, sin depender del texto (científico o poético) comentado, el sabio se las arregla para exponer sus ideas en ocho capítulos dispuestos en orden decreciente. Con ello, es claro que está reproduciendo la sucesión de las azoras (de mayor a menor) que caracteriza al Qur’ān, y que, según R. Blachère⁶² responde a ciertos hábitos del mundo semítico y coincide, además, con el procedimiento que los primeros filólogos musulmanes siguieron al recopilar la poesía antigua.

Esto nos lleva justamente de nuevo al centro de la polémica. Pues, como se sabe, desde Th. Nöldeke, y con el mismo R. Blachère entre otros, los coranólogos occidentales se han impuesto la tarea de dejar bien patente el auténtico orden cronológico de las azoras del Qur’ān, manteniendo que tal es el orden real, y no el que presenta la recensión canónica del texto. No vamos, claro está, a discutir que las azoras fueron reveladas en orden inverso a como aparecen en el libro. Pero, aparte razones religiosas, ello es una verdad filológica de segundo orden ante la verdad cultural de la efectiva disposición de las azoras en el Libro.

Si el propio Qur’ān ha corrido esa suerte, no es extraño que la historiografía de las *‘ulūm al-lis* haya pasado por alto el valor que la ma-

⁶¹ *Kitāb al-Tanbīh ‘alā l-asbāb allatī awṣabat al-ijtilāf bayn al-muslimīn fī ārā’ihim wa-ma’āhibihim wa-‘tiqādātihim*, ed. A. H. Kaḥil y H. ‘A. A. al-Naśrati, Al-Qāhira, 1982 (2.ª impr.).

⁶² *Le Coran*, p. 26.

croestructura tuvo para sus autores y sus lectores. Con un dudoso respeto por los textos, los editores actuales reelaboran diccionarios medievales ordenándolos según criterios de manejabilidad⁶³. Aceptemos el hecho por razones comerciales y porque sirve a la “revitalización del Legado”, como suele decirse. Cuesta más hacerlo desde el punto de vista de interesados en la cultura árabe islámica. Y, sobre todo, hay que protestar por que investigaciones actuales desdeñen un dato de la magnitud del orden y, encima, del orden de los libros, en una sociedad medieval y sacralizada, con lo que eso implica de hipervaloración de la palabra y el texto.

12.—En suma

El objeto del *'ilm al-luga*, pues, no debió de ser meramente el de recopilar, transmitir y explicar unidades léxicas, ni tampoco, en una supuesta etapa posterior, la búsqueda del *tartīb* que mejor facilite la consulta de lectores con dudas.

A la imagen de una disciplina como labor de *yām'* y *riwāya*, de espaldas al *qiyās* y sin mayor preocupación que la precisión (*ḍabt*) de la información recogida, la erudición (*ḥifẓ*) y la fiabilidad (*tiqa*), pueden responder obras como el famoso *Kitāb al-Amāli fī lughat al-'arab*⁶⁴, de Abū 'Alī al-Qālī, pero no el *Kitāb al-'Ayn*, que a todo lo anterior añade los resultados de la reflexión teórica y la más fina observación de los hechos del lenguaje. Por eso, llamar lexicografía a la labor que inició Jalīl, o quien fuese el autor efectivo del libro, es reducirla a uno solo de sus aspectos, el práctico, no necesariamente el más significativo porque sea el que mayores beneficios nos reporte.

La macroestructura del *Kitāb al-'Ayn* revela que se concibió y ejecutó para dar respuesta, entre otras cosas, al problema de las 'casillas vacías', de los *alfāz* potenciales no realizados. Y eso es reflexionar acerca de la naturaleza de los signos, de cómo se articulan en el sistema y de cuáles son sus relaciones con los referentes.

⁶³ Un par de ejemplos: el *Lisān al-'arab* de Ibn Manẓūr (721/1320-1) en la edición de Y. Jayyāt, Bayrūt, s. d.; los *Mufradāt* de Ibn al-Jatīb en la edición de 'A. 'A. al-Wadgiri, Al-Ribāt, 1988.

⁶⁴ Bayrūt, 1978 (reimpr.).

Dada la concepción de los dos planos, *lafz* y *ma'nà* o expresión y contenido, como entidades paralelas y simétricas que domina en las *'ulūm al-lisān*, es difícil creer que Jalīl y sus sucesores, al componer obras en las que el plano de la expresión se desarrolla el completo, no tengan al mismo tiempo la intención de que asimismo quede reflejado, encerrado en el libro, el del contenido.

De esa manera, muchos de los grandes diccionarios árabes medievales no son tales, sino auténticas cosmologías. Junto a ellas, pero compartiendo los mismos presupuestos, aparecen obras especializadas (unas, repertorios de *ma'ānī* o sentidos-referentes, y otras, de *al-fāz* o formas-palabras, si atendemos al punto respectivo de partida), no como ensayos prudentes en espera de una culminación, sino dando salida a una aspiración monografista que no requiere mayor justificación.

Así creemos que podría iniciarse un análisis más válido del hermoso ejercicio de Ibn Sidah como *lugawī*, en sus dos partes complementarias, *Al-Muḥkam* y *Al-Mujaššaš*, dos caminos convergentes de acceso al universo, desde la palabra y desde la idea. Recuérdese, por otro lado, que una tal labor no es un pasatiempo y ni siquiera la plasmación de intereses de lingüistas. El mundo es una creación divina, y la lengua árabe pura es el perfecto medio de expresión, elegido, directa o indirectamente, por Dios. El *Kalām al-'arab*, efectivamente, es perfecto, bien sea por razones religiosas y raciales o bien por su coherencia, armonía y funcionalidad.

La historiografía moderna, sin embargo, preocupada en demasía por cómo podemos aprovechar ahora la labor de los *lugawīyyūn*, apenas se ha preguntado en qué consisten esos libros, y el resultado ha sido convertirlos en lo que nosotros queremos que sean.

Las concepciones en que se asientan los *ma'āyīm* no son exclusivas de esos llamados diccionarios. En un interesante trabajo sobre las *Luzūmiyyāt*, Y. Friedmann⁶⁵ analiza la estructura general de la obra, donde al-Ma'arrī se esforzó por utilizar todas las "letras" como consonantes de rima, y, desde la perspectiva del contenido, empleó "material taken from all branches of Arabic and Islamic learning and tradition". Si Friedmann no llega a ninguna conclusión cercana a las nues-

⁶⁵ "Literary and cultural aspects of the *Luzūmiyyāt*", en *Studia Orientalia Memoriae D. H. Baneth Medicata*, Jerusalem, 1979, pp. 347-65.

tras es, seguramente, porque sus intereses de partida son más bien literarios. Pero para nosotros está muy claro que, en las *Luzūmiyyāt*, el poeta se está conduciendo como los *lugawiyyūn*. Su pretensión es la de encerrar en un libro una cosmología y su reflejo lingüístico; construir un texto que se presente como una totalidad cerrada, agotando *lafz* y *ma'nà*.

Para acabar, recordemos brevemente un subgénero de la lexicografía árabe del que nada hemos dicho y donde es muy patente que muchos de los resultados bibliográficos de la disciplina hay que entenderlos al servicio de la constante preocupación por saber cómo se articula el léxico, de averiguar cómo se ordenan mutuamente y entre sí los conjuntos de referentes y signos. Nos referimos a los vocabularios elaborados por procedimientos asociativos: una palabra recuerda a otra y así sucesivamente, donde el aparente desorden máximo remite a una visión absolutamente trabada del léxico. Ejecutados con mayor o menor complejidad, obras de este tipo son el *Kitāb al-Mudājal* de Abū 'Umar al-Muṭarriz (345/956), el *Šaýarat al-durr* de Abū l-Ṭayyib al-Lugawī (351/962) y el *Kitāb al-Musalsal fī garīb lughat al-'arab*, del zaragozano Ibn al-Aštarkūnī (538/1143). A. 'A. al-Wadgīrī⁶⁶ facilita una descripción de los mismos, en particular del último, pero parece considerarlos poco menos que caprichos de sus autores, ya que concluye diciendo que, al menos, pueden aprovecharse como “bancos de palabras” reordenables al gusto moderno.

Para nosotros, son una prueba más de que muchos sabios de la *luga* concebían los diccionarios para que se leyeran y entendieran enteros, y en el orden que habían sido escritos.

⁶⁶ *Al-Mu'ṣam al-'arabī...*; pp. 91-4.